

ANTIGUAS Y NUEVAS «VIDAS DE JESÚS»: A PROPÓSITO DE UN LIBRO RECIENTE *

JUAN CHAPA

Resumen: En las últimas décadas, con el surgir de la denominada «Tercera búsqueda del Jesús histórico» se han publicado numerosas obras sobre la vida de Jesús. La reciente edición castellana del libro de Armand Puig constituye el marco de unas consideraciones sobre las obras que se acercan al Maestro de Nazaret desde el punto de vista histórico. Tomando como punto de partida las «vidas de Jesús» que se escribieron en el siglo XIX y las que se inscriben en la «Tercera búsqueda», se señalan algunas de las implicaciones y límites que conllevan estos escritos de carácter biográfico.

Palabras clave: Jesús histórico, Vidas de Jesús, Historia de la investigación.

Abstract: In the last few decades, with the emergence of the so-called «Third Quest for the Historical Jesus», numerous works have been published on the life of Jesus Christ. A recent book by Armand Puig provides a framework for a discussion of those works that consider the figure of Jesus from a historical perspective. Beginning with the «lives of Jesus» that were written in the XIX century and those that belong to the «Third Quest», the article highlights some of the implications and limits of these biographical writings.

Keywords: The Historical Jesus, Lives of Jesus, History of biblical interpretation.

Desde el inicio, la investigación histórica sobre Jesús y las obras que intentan recoger y sistematizar los principales rasgos biográficos de su existencia terrena han ido juntas. A los pocos años de comenzar la llamada «búsqueda del

* A. PUIG I TÀRRECH, *Jesús, un perfil biogràfic*, Proa, Barcelona 2004, 673 pp. Citaré por la edición española: *Jesús. Una biografia*, Destino, Barcelona 2005.

Jesús histórico» (siglo XVIII) proliferaron las «vidas de Jesús»¹. Estos escritos de naturaleza biográfica llegaron a constituir un fenómeno literario propio de los siglos XIX y XX, y se caracterizaban por su tendencia racionalista, crítica y desmitificadora. El mismo título «vida de Jesús» indicaba ya un distanciamiento objetivante y una oposición a las «vidas de Cristo» de los siglos precedentes, en las que el autor hacía en el título una confesión de fe, sin mostrar deseo alguno de objetivar la vida de Jesucristo².

La separación entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe en la que desembocó la crítica histórica de cuño racionalista dominó la primera mitad del siglo XX. La investigación histórica sobre Jesús llegó entonces a un *impasse* y el género de las «vidas de Jesús» perdió vitalidad. Sin embargo, en la década de los cincuenta se produjo un resurgir de la búsqueda del Jesús histórico, que ha ido en un lento pero progresivo crescendo. En los últimos veinte años el impulso ha sido tal, que ha llegado a denominarse «Tercera búsqueda o investigación del Jesús histórico»³. Con ella ha renacido el interés por los escritos de carácter biográfico sobre Jesús.

1. Entre otras están las de H.E.G. Paulus, K.A. von Hase, F.E.D. Scheliermacher, C.H. Weisse, G. Volkmar, T. Colani, Th. Keim, D.F. Strauss, J.E. Renan, etc., que son criticadas en la célebre obra de A. SCHWEITZER, *Geschichte der Leben-Jesu-Forschung*, Mohr, Tübingen 1913 (ed. española: *Investigaciones sobre las vidas de Jesús*, Edicep, Valencia 1990-2002).

2. Cfr. J. MORALES, «Origen literario y desarrollo de las *Vidas de Jesucristo*», en J.R. VILLAR (ed.), *Communio et Sacramentum*, Eunsa, Pamplona 2003, 163-178. Cito por J. MORALES, *Acta Theologica. Volumen de escritos del autor, ofrecido por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra*, Eunsa, Pamplona 2003, 23-35, aquí 24-25.

3. La «Tercera búsqueda» es el nombre con que N.T. Wright (cfr. S. NEILL y T. WRIGHT, *The Interpretation of the New Testament 1861-1961*, Oxford University Press, Oxford 1988, 397-398; «Quest for the Historical Jesus», *Anchor Bible Dictionary* 3 [1992] 796-802, esp. 800) bautizó a un tipo peculiar de búsqueda del Jesús histórico, que se empezó a dar a finales del siglo XX y que consideraba a Jesús como profeta escatológico, subrayando al mismo tiempo su posición dentro del judaísmo del siglo I. Para Wright la «Nueva» (o segunda etapa de búsqueda frente a la «Vieja» iniciada con Reimarus) y la «Tercera búsqueda» coexisten. No obstante, en los últimos años, el término ha pasado a ser utilizado de manera genérica para referirse a todos los estudios recientes sobre Jesús, independientemente de la perspectiva que adopten, de modo que la diferencia entre la «Nueva» y la «Tercera búsqueda» ha pasado a ser meramente cronológica. Ver también B. WITHERINGTON, *The Jesus Quest: The Third Search for the Jew of the Nazareth*, InterVarsity Press, Downers Gove 1995, y los reparos de W.R. TELFORD, «Major Trends and Interpretive Issues in the Study of Jesus», en B. CHILTON y C.A. EVANS (eds.), *Studying the Historical Jesus: Evaluations of the State of Current Research*, Brill, Leiden 1994, 33-74, esp. 74. La literatura reciente es muy amplia. Algunos trabajos útiles son: V. FUSCO, «La ricerca del Gesù storico. Bilancio e prospettive», en R. FABRIS (ed.), *La parola di Dio cresceva (At 12, 24). Scritti in onore di Carlo Maria Martini nel suo 70° compleanno*, EDB, Bologna 1998, 487-519 = «La quête du Jésus historique. Bilan et perspectives», en D. MARGUERAT, E. NORELLI y J.M. POFFET (eds.), *Jésus de Nazareth. Nouvelles approches d'u-*

Las investigaciones recientes han rehabilitado los estudios históricos sobre los evangelios y frente al «no podemos saber nada de Jesús de Nazaret»⁴, que afirmaba Bultmann, hemos pasado al «podemos saber mucho de él»⁵, que sostiene Sanders, uno de los autores más representativos de la «Tercera búsqueda». La afirmación de Sanders es el resultado de un mayor y mejor conocimiento de las fuentes evangélicas y de su contexto judío y helenista. El empleo de un mayor número de fuentes del mundo judío intertestamentario (Qumrán, apócrifos del Antiguo Testamento, el judaísmo rabínico y la obra de Flavio Josefo) y del mundo grecorromano (papiros mágicos griegos, textos retóricos grecorromanos), el recurso a textos extra-canónicos (apócrifos del Nuevo Testamento y los códices de Nag-Hammadi) y los hallazgos arqueológicos recientes (especialmente en la helenizada región de Galilea) han contribuido también al desarrollo de la búsqueda. Además, junto a la ampliación del número de fuentes, no ha sido poca la influencia que han tenido los nuevos métodos, especialmente los sociológicos y los derivados de la antropología cultural⁶.

ne énigme, Labor et Fides, Genève 1998, 25-57; IDEM, «Passato e futuro nella “Ricerca del Gesù storico”», en *Acta Pontificii Instituti Biblici*, 1998-1999; R. AGUIRRE, «Estado actual de los estudios sobre el Jesús histórico después de Bultmann», en J. CAMPOS SANTIAGO (ed.), *Actas de las IX Jornadas Bíblicas*, Diputación de Zamora, Zamora 1998, 55-85; J.P. MEIER, «The Present State of the “Third Quest” for the Historical Jesus: Loss and Gain», *Biblica* 80 (1999) 459-487; D. MARGUERAT, «“La troisième quête” du Jésus de l’histoire», *Recherches de Science Religieuse* 87 (1999) 400-415; A. PUIG I TÀRRECH, «La recherche du Jésus historique», *Biblica* 81 (2000) 179-201; A. VARGAS MACHUCA, «La investigación actual sobre el Jesús histórico», *Estudios Eclesiásticos* 77 (2002) 3-71; IDEM, *El Jesús histórico. Un recorrido por la investigación moderna*, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 2004. Es significativo del auge de estos estudios el título de la obra que publicaron G. THEISSEN y A. MERZ, *El Jesús histórico. Manual*, Sígueme, Salamanca 1999 (ed. original: *Der historische Jesús*, Vandenhoeck und Ruprecht, Göttingen 1997), y la revista que se creó en 2003, *Journal for the Study of the Historical Jesus*.

Una valoración equilibrada se encuentra en M.A. POWELL, *Jesus a Figure in History. How Modern Historians View the Man from Galilee*, Westminster John Knox Press, Louisville 1998, 51-64.

4. «Yo sinceramente pienso que ahora no podemos conocer casi nada de la vida y persona de Jesús, puesto que las primitivas fuentes cristianas tampoco muestran ningún interés en ninguna de estas dos cosas (vida y persona); además, son fragmentarias y a menudo legendarias. Otras fuentes sobre Jesús no existen». R. BULTMANN, *Jesus*, Deutsche Bibliothek, Berlin 1926, 12.

5. «La opinión dominante hoy en día parece ser que podemos saber bastante bien lo que Jesús quería hacer y podemos saber mucho de lo que dijo, y que estas dos cosas tienen sentido dentro del mundo del judaísmo del primer siglo». E.P. SANDERS, *Jesús y el judaísmo*, Trotta, Madrid 2004 (ed. inglesa: *Jesus and Judaism*, Fortress Press, London-Philadelphia 1985), 31.

6. Para más detalle ver J. CHAPA, «History and Jesus of Nazareth», en I. OLÁBARRI y F.J. CASPISTEGUI (eds.), *The Strength of History at the Doors of the New Millennium. History and other Human and Social Sciences along XXth Century (1899-2002)*, Eunsa, Pamplona 2004, 453-505, esp. 463-470.

Con todo, no debemos pensar en un acuerdo abrumador en lo que se refiere al carácter histórico de los acontecimientos narrados por los evangelios. Aunque pueda sorprender al lector menos especializado, este «mucho» que podemos conocer sobre Jesús defendido por Sanders se fundamenta en unos pocos datos, que, a juicio del exegeta norteamericano (no compartido por todos los autores), son incuestionables. Sanders enumera ocho «undisputable facts»⁷: 1) Jesús fue bautizado por Juan Bautista; 2) Era un Galileo que predicó y realizó curaciones; 3) Llamó a discípulos y habló de que eran doce; 4) Limitó su actividad a Israel; 5) Mantuvo una controversia sobre el papel del templo; 6) Fue crucificado fuera de Jerusalén por las autoridades romanas; 7) Tras la muerte de Jesús, sus seguidores continuaron formando un movimiento identificable; 8) Al menos algunos judíos persiguieron a ciertos grupos del nuevo movimiento (Ga 1, 13.22; Flp 3, 6) y, al parecer, esta persecución duró como mínimo hasta un tiempo cercano al final del ministerio de Pablo (2 Co 11, 24; Ga 5, 11; 6, 12; cfr. Mt 23, 34; 10, 17).

Como se puede ver, nos movemos en un terreno que parece situarse muy por debajo de los mínimos que se desprenden de las narraciones evangélicas en las que se nos relata la vida y obra del Hijo de Dios, Salvador de la Humanidad. Pero no hay que perder de vista que, dados los procedimientos de crítica histórica que se han empleado para llegar a este elenco de afirmaciones, los hechos incuestionables que se defienden constituyen un fundamento sólido que permite ir mucho más allá de las apariencias, tal como venía siendo habitual en la mayor parte del siglo XX, como secuela de la obra de Schweitzer y del escepticismo de Bultmann, y que fue tímidamente rechazado por los exponentes de la «New Quest», o «segunda búsqueda del Jesús histórico». Se puede decir que en la última década ha habido un cambio de actitud, que ha llevado consigo un talante más abierto frente a la historicidad de los relatos evangélicos y, con ellos, de la figura de Jesús.

Desde los años noventa, y especialmente desde 1996, con motivo de la celebración «técnica» de los dos milenios del nacimiento de Jesucristo⁸, han proliferado los estudios sobre el Jesús histórico, que, con métodos y fines muy distintos a las «vidas de Jesús» del positivismo romántico, vienen a dar respues-

7. E.P. SANDERS, *Jesús y el judaísmo*, cit., 11.

8. Como es sabido, la fecha más habitual para fijar el nacimiento de Jesús de Nazaret se sitúa en torno a los años 6-4 antes de Cristo. Como Jesús nació en tiempos del rey Herodes el Grande, se corrige la datación tradicional, establecida por Dionisio el Exiguo (año 1 de la era cristiana = 754 de la fundación de Roma), con los datos extra-bíblicos y astronómicos, que sitúan la muerte de Herodes el 750 de la fundación de Roma (= 4 a.C.).

ta al perenne reto de establecer los datos históricos sobre el Maestro de Nazaret (pues se considera que las narraciones evangélicas, en cuanto relatos de fe, no reflejan con «objetividad» lo que aconteció, sino que transmiten unos datos bajo el prisma de una fe que se superpone a los acontecimientos). Entre las muchas obras recientes sobre Jesús, que han sido escritas desde una perspectiva y metodología histórico-crítica (en ocasiones con la ayuda de otros métodos) y que de alguna manera pueden considerarse nuevas «vidas de Jesús», cabe mencionar las de G. Vermes⁹, J. Gnilka¹⁰, J.P. Meier¹¹, J.D. Crossan¹², E.P. Sanders¹³, J. Becker¹⁴, P. Grelot¹⁵, C. Perrot¹⁶, B. Chilton¹⁷, G. Barbaglio¹⁸, J.D.G. Dunn¹⁹. A estas obras debemos añadir un libro importante escrito originalmente en catalán y recientemente traducido al castellano. Se trata de la obra de Armand Puig, *Jesús. Una biografía*. Es un trabajo que, a pesar de no estar dirigido a especialistas, merece atención, ya que supone un considerable avance en la manera de presentar la vida de Jesús de Nazaret desde un punto de vista histórico en relación a las obras de los autores arriba citados, en especial de las que han sido traducidas al castellano.

9. G. VERMES, *Jesus the Jew. A Historian's Reading of the Gospels*, Collins, London 1973 (ed. española: *Jesús el judío: los evangelios leídos por un historiador*, Muchnik, Barcelona 1994); IDEM, *Jesus and the World of Judaism*, SCM Press, London 1983; IDEM, *The Religion of Jesus the Jew*, Fortress Press, Minneapolis 1993.

10. J. GNILKA, *Jesús von Nazareth. Botschaft und Geschichte*, Herder, Freiburg 1990 (ed. española: *Jesús de Nazaret*, Herder, Barcelona 1993).

11. J.P. MEIER, *A Marginal Jew. Rethinking the Historical Jesus*, Vol. 1: *The Roots of the Problem and the Person*, Garden City, N.Y., Doubleday 1991; Vol. 2: *Mentor, Message and Miracles* (1994); Vol. 3: *Companions and Competitors* (2001) y ha anunciado al menos otro más. En castellano se han publicado estos tres volúmenes, el segundo dividido en dos debido a su extensión: *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. I: Las raíces del problema y de la persona; II.1: Juan y Jesús. El reino de Dios; II.2: Los milagros; III: Compañeros y competidores*, Verbo Divino, Estella 1998-2003.

12. J.D. CROSSAN, *The Historical Jesus: The Life of a Mediterranean Jewish Peasant*, Harper San Francisco, San Francisco 1991 (ed. española: *Jesús: vida de un campesino judío*, Crítica, Barcelona 1994); IDEM, *A Revolutionary Biography*, Harper San Francisco, San Francisco 1994 (ed. española: *Jesús: biografía revolucionaria*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona 1996).

13. Además del ya citado *Jesus and Judaism*, E.P. SANDERS, *The Historical Figure of Jesus*, Penguin Press, London 1993 (ed. española: *La figura histórica de Jesús*, Verbo Divino, Estella 2000).

14. J. BECKER, *Jesús von Nazareth*, De Gruyter, Berlin 1996.

15. P. GRELOT, *Jésus de Nazareth, Christ et Seigneur. Une lecture de l'Évangile*, Cerf et Novalis, Paris et Montreal 1997-1998.

16. C. PERROT, *Jésus*, Presses Universitaires de France, Paris 1998.

17. B. CHILTON, *Rabbi Jesús: An Intimate Biography*, Doubleday, New York 2000.

18. G. BARBAGLIO, *Gesù ebreo di Galilea. Indagine storica*, Dehoniane, Bologna 2002 (ed. española: *Jesús, hebreo de Galilea: investigación histórica*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2003).

19. J.D.G. DUNN, *Jesus Remembered*, Eerdmans, Grand Rapids MI-Cambridge 2003.

El mismo título es ya un reto y por ello mismo da pie a una reflexión en torno al significado y aportación de estas nuevas «vidas de Jesús» de tipo histórico. Trataré en primer lugar de resumir el libro sin detenerme en especiales detalles, para al final hacer unas breves consideraciones sobre este género.

1. UNA «BIOGRAFÍA CRÍTICA» DE JESÚS

El libro de Armand Puig, dirigido a un público no especializado (aunque ciertamente culto), se sitúa explícitamente en el marco de la «tercera investigación sobre el Jesús histórico», de la que él es un experto conocedor, tal como lo avala su abundante obra científica. Sus interlocutores son autores protestantes y católicos que se insertan en esta misma línea de investigación (Meier, Dunn, Theissen, Perrot, Schlosser, Barbaglio, Aguirre, Guijarro). En palabras del autor, la obra se trata de una «biografía crítica» (siguiendo a Chilton) del fundador del cristianismo. Quiere ser una introducción a la figura de Jesús, «vista desde el horizonte del judaísmo y desde su impacto en el cristianismo naciente»²⁰. Este punto de partida revela ya una postura diversa a la de las antiguas biografías. Desvela una actitud que trasparenta los avances metodológicos de los últimos años en relación a los criterios de historicidad aplicados a la investigación del Jesús histórico²¹. El predominio del criterio de desemejanza, que caracterizaba estos estudios en la «nueva búsqueda» de mitad del siglo XX y que, llevado al extremo, se mostraba estéril, ha venido a ser matizado y completado por otros criterios. El autor, de hecho, se inclina por adoptar el de plausibilidad histórica (Theissen) o explicación suficiente (Fusco), que consiste en sopesar en cada caso la relación de Jesús con el judaísmo contemporáneo, el contexto en que se mueve, y averiguar la relación que tiene con el cristianismo primitivo, el medio que ha recibido el impacto de su figura y de su mensaje²².

20. *Jesús. Una biografía*, cit., 15.

21. «Dada la índole de la historia antigua en general y de los Evangelios en particular... la función de los criterios es permitir el paso desde lo simplemente posible a lo realmente probable, para estudiar varias probabilidades y decidir qué candidato es el más probable» (J.P. MEIER, *Un juicio marginal*, 183). La bibliografía es muy extensa. Además del capítulo que dedica Meier al estudio de los criterios (183-209), se puede consultar también R. LATOURELLE, *A Jesús el Cristo por los Evangelios. Historia y hermenéutica*, Sígueme, Salamanca ²1986, 202-226; F. LAMBIASI, *L'autenticità storica dei vangeli. Studio di criteriologia*, EDB, Bologna ²1986; G. THEISSEN y A. MERZ, *El Jesús histórico*, cit., 111-148; C. IZQUIERDO, *Teología fundamental*, Eunsá, Pamplona 1998, 449-455; S. PIÉ-NINOT, *La Teología Fundamental. «Dar razón de la esperanza» (1 Pe 3, 15)*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2001, 352-357.

22. Cfr. *Jesús. Una biografía*, cit., 63-65. Theissen ha dedicado diversos estudios a desarrollar este criterio, que se pueden ver en G. THEISSEN, «Historical Scepticism and the

Debemos agradecer al autor que lo haya hecho así, pues el empleo de este criterio permite llegar a resultados mucho más concordantes con lo que testimonian los evangelios.

El exegeta catalán se propone dar una respuesta a las cuestiones que plantea la vida y la muerte de Jesús, sin presuponer ni excluir las creencias religiosas de sus lectores, intentando superar cualquier tipo de historicismo, que desdibuja el perfil de Jesús, «porque —afirma—, en nombre del rigor, lo sitúa en unos parámetros restrictivos, o bien porque, en nombre de la “verdad”, lo lleva hacia reconstrucciones carentes de fundamento» (p. 16).

El género que emplea es narrativo. Prevalece en él la intención de conjugar «el análisis exegético, la investigación histórica y la reflexión espiritual» (p. 15). El estilo es fluido, sin enredarse en los pormenores de la investigación que se esconde bajo sus afirmaciones, de tal manera que el lector sigue fácilmente el desarrollo del discurso. De hecho, la obra no tiene notas bibliográficas. Sólo en algunas ocasiones se menciona en el texto un autor concreto, al que se le ha tenido más en cuenta para esa determinada cuestión. No obstante, el lector especializado detecta los problemas que hay en el trasfondo de cada argumento y percibe cómo Puig conoce bien la literatura reciente al respecto.

El método parte de la convicción de que la pregunta histórica sobre Jesús sigue siendo fundamental, tanto para el creyente como para el que no lo es: «Jesús puede ser sometido al rigor de la crítica histórica, ya que fue un ser humano que vivió un fragmento de la historia humana, desde que nació hasta que murió a las puertas de Jerusalén» (p. 20). Al mismo tiempo el autor señala que las fuentes principales son los evangelios. De ellos afirma «que no pueden ser sustituidos por ninguna aproximación histórica» y añade: «De hecho, tal como afirma Theissen, “los cimientos de la fe cristiana son la historia de Jesús en su globalidad: el Jesús histórico y el Cristo confesado como resucitado” (*The Historical Jesús*, 513)» (pp. 20-21). A continuación explica: «Este libro se orienta hacia la primera mitad del acontecimiento Jesús, en el marco de un convencimiento: la necesidad de garantizar una continuidad entre historia y fe. En este sentido, tan desatinado sería un juicio *a priori* de tipo fideísta, que quisiera demostrar la historicidad absoluta de todo cuanto se dice en los evangelios, como un juicio *a*

Criteria of Jesus Research or My Attempt to Leap Across Lessing's Yawning Gulf», SJT 49 (1996) 147-176; G. THEISSEN y A. MERZ, *El Jesús histórico*, cit., 139-146; y sobre todo G. THEISSEN y D. WINTER, *Die Kriterienfrage in der Jesusforschung. Vom Differenzkriterium zum Plausibilitätskriterium*, Vandenhoeck, Göttingen 1997 (ed. inglesa: *The Quest for the Plausible Jesus: the Question of Criteria*, Westminster-John Knox Press, Louisville 2002). V. FUSCO aborda también la cuestión de los criterios en su ya citado «La ricerca del Gesù storico. Bilancio e prospettive».

priori de tipo racionalista, que se empeñara en negar la historicidad de los evangelios de manera sistemática» (p. 21). Para realizar la tarea de reconstruir el personaje Jesús el autor sostiene que «debe llevarse a cabo trazando grandes líneas, abriendo amplios diseños interpretativos, fundamentados, obviamente, en análisis rigurosos de los textos» (p. 21). Considerando que no se puede aislar a Jesús ni de la tradición judía, de la que ha surgido, ni de la vida de los primeros cristianos, en la que se ha fraguado la tradición evangélica²³, el autor quiere perfilar el personaje de Jesús de Nazaret desde el punto de vista de la historia, pero sin dejar de tener presente la primera comunidad cristiana y el judaísmo de la época. En pocas palabras, el autor afirma que existe «una confianza renovada sobre las posibilidades de dibujar un perfil biográfico basado en Jesús»²⁴ a la que ha llegado la reciente investigación histórica, y sobre esta confianza escribe su obra. También quiere con ello contribuir al acercamiento ecuménico²⁵.

El libro está dividido en siete capítulos, prólogo y epílogo incluidos. Tras el prólogo, el capítulo segundo se centra en las fuentes (pp. 25-65). No se excluye nada que pueda ser de utilidad para conocer a Jesús y por ello se tienen también en cuenta temas marginales, como la hipótesis de J. O'Callaghan sobre el fragmento de Qumrán o el célebre, pero efímero caso del osario de «Santiago, hijo de José, hermano de Jesús». El autor distingue entre fuentes cristianas y no cristianas. Dentro de aquéllas, establece primero las fuentes en las que funda su trabajo²⁶: Q, el evangelio de Marcos, las tradiciones propias de Mateo

23. «Lo que llega después (Jesús) debe entenderse a partir de lo que ya existía anteriormente (la tradición judía); y, por otro lado, lo que existió primero (Jesús) debe ser entendido a partir de lo que llegó después (la comunidad cristiana)» (*Jesús. Una biografía*, cit., 22).

24. *Jesús. Una biografía*, cit., 24.

25. «La pregunta histórica es inseparable, como acabamos de decir, de las cuestiones sobre la identidad global de Jesús, tal como las plantea la teología cristiana y tal como las viven aquellos que se adhieren a su persona mediante la fe en él. Pero esta pregunta va más allá de las fronteras confesionales e incluso religiosas. Una justa sensibilidad de cara a la pregunta sobre Jesús y el uso riguroso del método histórico facilitan que estudiosos de las diversas confesiones cristianas (católicos, evangélicos, anglicanos y ortodoxos) coincidan en el estudio de los textos bíblicos sin que sus respectivas dogmáticas eclesiales constituyan un obstáculo insalvable para un trabajo convergente y, a menudo, conjunto. La investigación sobre Jesús, como sobre muchos otros campos de la exégesis bíblica, representa un ejemplo de ecumenismo práctico y eficaz, llevado a cabo con respeto mutuo y pasión por la verdad» (*Jesús. Una biografía*, cit., 22).

26. Tras referirse a cómo se transmitía oralmente la memoria de Jesús en las primeras comunidades afirma: «Podemos llegar a la verdad histórica sobre Jesús gracias a la tradición oral y escrita sobre él que culmina con los relatos evangélicos, escritos desde la fe en él, pero no al margen de su historia. La historia de Jesús es determinante en la tradición que surge tras él. Por eso se puede trazar un perfil suyo con garantías históricas suficientes» (*Jesús. Una biografía*, cit., 34).

y las propias de Lucas contenidas en sus respectivos evangelios, el evangelio de Juan y el evangelio de Tomás (que es estudiado junto con las fuentes cristianas no canónicas, como evangelios y colecciones de dichos fragmentarios), manuscritos de evangelios, resto de los libros del Nuevo Testamento, Padres de la Iglesia y otras fuentes antiguas. De las fuentes no cristianas distingue entre las judías (Flavio Josefo y escritos rabínicos), las romanas (Tácito, Suetonio, Plinio el Joven) y otras fuentes, en las que se incluyen las helenísticas (Mara bar Saraión, Luciano de Samosata) y las islámicas (el Corán). De todas ellas hace una breve y útil descripción. Al final del capítulo, en apenas dos páginas, ofrece una valoración de esas fuentes en relación a los criterios de historicidad y señala el criterio de plausibilidad que personalmente adopta, aludido ya más arriba.

El tercer capítulo se titula «Contexto» (pp. 66-141) y está dedicado al entorno social, geográfico, político y religioso de los judaísmos del tiempo en que vivió Jesús. En poco más de 70 páginas describe la situación de Galilea y Jerusalén, los grandes rasgos de la religión judía —fundada sobre la Ley, el templo y la tierra-familia—, los grupos religiosos de la época (con sus antecedentes religiosos y su posicionamiento ante la Ley), los movimientos populares y de resistencia (mesiánicos, teocráticos, proféticos, o resistentes) y las relaciones de los judíos con los no judíos (griegos, romanos, herodianos y samaritanos). La descripción del ambiente socio-político y religioso constituye un panorama actualizado del mundo en que vivió Jesús y el conjunto resulta excelente.

El cuarto capítulo, centrado en el «Personaje» (pp. 142-315), se lee también con facilidad. Tras un apartado dedicado al nombre de Jesús, comienza con la cuestión del nacimiento y la familia de Jesús (José, María, «hermanos y hermanas»). Aquí se inserta, un tanto de pasada y bajo el epígrafe «Jesús, un niño peculiar» (p. 159), la realidad de la concepción virginal, que el autor defiende desde la fiabilidad de los textos²⁷. También sostiene el carácter histórico de los relatos sobre el nacimiento de Jesús en Belén, de los que se ocupa con bastante detalle.

Sobre la cuestión de los «hermanos y hermanas» de Jesús presenta las diferentes explicaciones que se han dado en la historia de la interpretación y aboga por la que, a partir de algunos evangelios apócrifos y algunos autores ecle-

27. «El nacimiento de Jesús se produce en el marco de unas circunstancias inusuales y anormales que lo singularizan. Este nacimiento contiene un “secreto”, un núcleo en el que una crítica histórica rigurosa, al margen de apriorismos, se ve incapaz de penetrar y resolver. (...) El relato de la concepción virginal de María ha surgido de los estratos más primitivos de la tradición cristiana como reflejo de un elemento irreducible que forma parte esencial de la persona de María de Nazaret y, en consecuencia, de Jesús, su hijo» (*Jesús. Una biografía*, cit., 159 y 161).

siásticos de la iglesia oriental, entiende que José era viudo, que se casó en segundas nupcias con María. De este modo, los «hermanos y hermanas de Jesús» habrían sido hijos de un anterior matrimonio de José. Lo que en estas páginas se afirma con cierta cautela, más adelante, sin embargo, se asume sin matices²⁸. En este punto se le podría achacar al autor cierta cesión a la supuesta importancia de las tradiciones transmitidas por los evangelios apócrifos y un cierto irenismo ecuménico, que prevalece sobre el estudio de los datos evangélicos.

Las páginas dedicadas a los años de Nazaret explican la formación de Jesús tanto religiosa, intelectual y manual, así como su condición de célibe, inusual entonces pero no radicalmente nueva.

La presentación de los años de vida pública comienza con la cuestión de la cronología del ministerio de Jesús (que el autor sitúa entre el año 27/28 y el 7 de abril del 30 d.C.) y su bautismo por Juan, de quien también se ocupa por extenso. Para Jesús, afirma el autor, ser bautizado comporta «una experiencia interior de gran intensidad, ya que señala el inicio de una realidad nueva: Dios se hace presente en el mundo. (...) Esta escena extraordinaria, fuertemente arraigada en la experiencia interior de Jesús, subraya su identidad: Dios se hace presente en la historia y la vida humanas en la persona concreta del que es bautizado, hombre como los demás y hombre distinto de los demás, Hijo único de Dios, el Padre» (p. 213)²⁹. Tras el bautismo de Jesús, el autor mantiene que Jesús se convierte en seguidor y colaborador de Juan en la actividad bautismal hasta que algunos discípulos de éste le reconocen como maestro y le siguen. Las tentaciones y las relaciones de Jesús con el Bautista le proporcionan la ocasión de detenerse en la figura de éste, a quien define como el profeta mártir.

En la sección dedicada a los seguidores se relatan en círculos concéntricos, de fuera a dentro, las características de los distintos grupos: la gente, los discípulos (itinerantes y sedentarios, las mujeres y la familia de Jesús) y los Doce, que

28. Al referirse a la extrañeza que pudo causar el abandono de Nazaret por parte de Jesús, el autor escribe: «En el caso de Jesús, la decisión de casarse es más necesaria porque su madre es viuda y sus hermanos y hermanas, mayores que él, probablemente ya han abandonado el domicilio familiar. Es cierto que María, la madre de Jesús, tiene parientes que residen en Nazaret: los hijos del primer matrimonio de José y los hermanos o hermanas de ella misma o de su difunto esposo» (*Jesús. Una biografía*, cit., 291).

29. Al explicar las razones por las que Jesús quiso recibir el bautismo de Juan, un bautismo para el perdón de los pecados, como es habitual en el libro, no recurre a los testimonios posteriores sobre la impecabilidad de Jesús (p. ej. Hb 4, 15), sino que, apoyándose en las fuentes evangélicas, se limita a escribir: «Jesús no muestra ni manifiesta tener conciencia de culpa por sus acciones en ningún momento de su vida. En él no hay dolor por haber ofendido a Dios o a los demás hombres y, por tanto, no se arrepiente de ningún pecado personal. En consecuencia, no parece que Jesús quisiera ser bautizado porque tuviera necesidad de perdón» (*Jesús. Una biografía*, cit., 212).

reciben en un tratamiento más detallado³⁰, y de quienes se explica su sentido y función como signo de la universalidad de su mensaje. En este contexto se presentan también a los competidores y adversarios (maestros de la Ley, fariseos, herodianos, saduceos) y un resumen del ministerio público, titulado el «itinerario vital de Jesús». Éste se organiza dividido en cinco fases, que abarcan otros tantos períodos cronológicos según distintas zonas geográficas, a partir de las tres Pascuas que señala el evangelio de Juan: 1) la región del Jordán (finales del 27-mediados del 28 d.C.); 2) Galilea (mediados del 28-Pascua del 29 d.C.); 3) desplazamientos por Galilea y territorios contiguos (Pascua del 29-Tabernáculos del 29 d.C.) 4) Perea, Judea y Jerusalén (Tabernáculos del 29-antes de la Pascua del 30 d.C.); 5) los últimos días en Jerusalén (Pascua del 30 d.C.). En pocas páginas el autor desvela hipotéticamente lo que pudo ser el ministerio público de Jesús, conforme a los diversos desplazamientos, que en buena parte explica en relación a la actitud de Herodes Antipas hacia el Maestro de Nazaret, después del éxito inicial de su misión en Galilea. Ante el peligro de ser apresado por el tetrarca, Jesús habría realizado un ministerio itinerante por lugares seguros. Cerrando el capítulo se encuentra una sección más comprometidora: «La persona de Jesús». Quiere ser un retrato de Jesús desde el punto de vista psicológico, y en particular de sus sentimientos. El autor, con la lógica cautela, nos dice que «no hay nada que nos permita entrar en el alma de Jesús: sólo sabemos lo que él mismo nos ha querido dar a conocer» (p. 310). Y esto se deja ver en Getsemaní y en otros momentos en que los sentimientos, actitudes y palabras de Jesús revelan algo de su interioridad. Especialmente evidentes aparecen en el contacto con la gente³¹. Las personas a las que Jesús se dirige reciben un trato «que los libra del estigma o la herida, antiguos o nuevos, de su corazón» (p. 315). Sin embargo, lo que sustenta la persona de Jesús, afirma Puig, «es su confianza absoluta en Dios, amado como el Padre y como Padre de toda la humanidad» (p. 315). Será ésta una afirmación que tratará de justificar en el capítulo siguiente.

Es éste un capítulo que lleva por título «El mensaje» (pp. 316-454). Como cabría esperar, comienza con el tema del Reino que Jesús anuncia. El autor

30. De Pedro se dice que su sobrenombre Cefas/Pedro «indica que, para Jesús, Simón debe ser una roca firme sobre la cual descansa la fe de los demás discípulos (véase la misma idea en Mt 16, 17-19, referida a la construcción de la Iglesia)» (*Jesús. Una biografía*, cit., 258).

31. «Hay una serenidad en su actuación que arraiga en la fuerza espiritual, no en una ausencia o un enfriamiento de sentimientos y deseos. Estos sentimientos y deseos continúan existiendo, pero quedan sometidos a una doble preocupación, que viene a ser el motor de su vida: la vinculación con Dios y la solicitud por los hombres y mujeres que le rodean. Se puede decir que el doble mandamiento del amor, a Dios y a los demás, que Jesús propone como piedra fundamental de su mensaje, es al mismo tiempo la base de su existencia. Jesús comunica lo que vive» (*Jesús. Una biografía*, cit., 315).

afirma que, en relación a Juan y a otros movimientos proféticos y apocalípticos del judaísmo, lo que se esperaba para un futuro más o menos inmediato ya se ha empezado a hacer realidad con Jesús. Dios ha entrado en la historia. Y ese Dios (sorprendente y solícito) que instaura el Reino es por encima de todo Padre, forma con que Jesús se dirige a Él de manera preferente (cfr. pp. 349 ss), y de quien es su profeta. El Reino y la persona de Jesús llegan a fundirse hasta el punto de que la adhesión a uno y a otro se entrecruzan (cfr. p. 356). El amor de Dios pasa por su persona.

La sección dedicada a los signos del Reino se detiene en su número, en la explicación del porqué Jesús hace milagros y el lugar que ocupan en el mundo helenístico y judío³². Puig desarrolla las curaciones de las enfermedades del cuerpo y del espíritu (entre las que incluye exorcismos, curaciones y resurrecciones) y los hechos prodigiosos de tipo cósmico, cuyo núcleo histórico se afirma, aun cuando sostiene que los relatos evangélicos nos transmiten el recuerdo de unos hechos mediatizados por el estado de conciencia alterado de los testigos y una nueva comprensión proveniente de las Escrituras³³. Especial atención se dedica al signo de la comida de los panes y los peces, en cuanto imagen espléndida del Reino, «que explicita el núcleo del mensaje de Jesús y sitúa a su persona en el centro de la expectación de los que le siguen» (p. 383), y que la tradición cristiana vinculará con la última cena. Como colofón a los signos del Reino el autor trata la relación de Jesús con los pecadores y pobres, pues son éstos también los necesitados de curación. En todo caso, concluye, lo que le distingue a Jesús de otros es que cura a través de signos con la fuerza de su palabra³⁴.

Bajo el epígrafe «El Reino, criterio de vida», se presenta a Jesús como rabino³⁵, pero un rabino singular dentro de la tradición de Israel, desvinculado de los grupos, corrientes o escuelas judías de su época y situado ante la Ley con

32. «La presencia de Dios, aquí y ahora, se anuncia y se realiza, se experimenta de manera concreta como una cascada de gracia que renueva y transforma. Dios no abandona al mundo que ha creado, se siente Padre de todos y de todas, su reinado ha empezado con la derrota de los poderes que oprimen y roban a la persona su dignidad: todo esto brota con fuerza en la vida de Jesús» (*Jesús. Una biografía*, cit., 358).

33. «En cualquier caso, las líneas centrales de los acontecimientos y algunos detalles concretos y secundarios en relación con el hilo del relato llevan a concluir que hay cierto núcleo histórico en los dos milagros en los que Jesús se muestra dominador absoluto del viento y del mar» (*Jesús. Una biografía*, cit., 380).

34. «Jesús hace milagros con autoridad propia, sin pedir expresamente a Dios que intervenga. (...) Dios actúa en Jesús y por Jesús, pero el milagro depende de la libertad y de la compasión del profeta de Nazaret» (*Jesús. Una biografía*, cit., 363).

35. Sorprende un poco la siguiente afirmación: «Sin duda, Jesús ha pasado cierto tiempo bajo la guía de Juan el Bautista y este hecho parece que ha sido determinante para que fuera reconocido como rabino, en primer lugar por el pequeño grupo de discípulos de Juan que se han convertido en discípulos suyos» (*Jesús. Una biografía*, cit., 402).

autoridad. Con una enseñanza que no depende de las Escrituras sino de sí mismo, lleva a plenitud la Ley del Sinaí reforzando algunos de sus preceptos y relativizando otros. No rompe con la Ley sino que la convierte en lo que es³⁶: «su gran pregunta es cómo hacer la voluntad de Dios» (p. 410). Trasciende así el marco del judaísmo en que se mueve³⁷ y sitúa el núcleo y foco de la ética que propone en el mandamiento del amor, de manera singular y sin precedentes: «Imitar la manera de ser y de actuar de Dios, el Padre, fundamenta las obras y las palabras de Jesús, en particular, su ética y, concretamente, el amor hacia los enemigos» (p. 438).

Análogamente al capítulo anterior, que se cerraba con una semblanza de la Persona de Jesús, éste finaliza con un esbozo sobre una cuestión aún más delicada: la «identidad de Jesús»³⁸. Dos son los aspectos que lo vertebran: su condición de Mesías y su relación con el Padre. Sobre la cuestión del Mesías no se detiene expresamente en la conciencia de Jesús al respecto, sino que se limita a presentar los datos externos que el evangelio ofrece, sin extraer consecuencias explícitas. Según éstos, Jesús acepta con cautela ser reconocido Mesías por sus discípulos y los beneficiados de sus signos (que lo entienden en sentido políti-

36. «Jesús se mueve en el marco del judaísmo, pero al mismo tiempo lo trasciende: en su mensaje están las semillas que germinarían en la vida y en la práctica de las primeras comunidades cristianas» (*Jesús. Una biografía*, cit., 410).

37. Como ejemplo del enfoque con que el autor trata cada uno de los mandamientos llevados a plenitud por Jesús, se puede aducir la condena del divorcio: «La prohibición del divorcio y del segundo mandamiento es una de las propuestas más nítidas que se encuentran en la ética de Jesús. La razón última de una propuesta que puede tildarse de poco realista es la gran confianza que manifiesta Jesús en las posibilidades de la persona para responder con éxito al proyecto de Dios acerca de la relación hombre-mujer. En última instancia, el divorcio representa un fracaso y una ruptura de este proyecto y de su voluntad. Por otro lado, tal como pone de relieve U. Luz en su comentario a Mateo, el triunfo de la fidelidad del corazón por encima del deseo de posesión fuera de la relación matrimonial equivale a honrar y mantener la santidad de Dios. Finalmente, una legislación como la judía que permitía al hombre —no a la mujer— divorciarse y, en ocasiones, por motivos muy fútiles, dejaba a la mujer totalmente indefensa ante el marido. En este sentido, el énfasis de Jesús en el proyecto original de Dios, que crea al hombre y a la mujer y los concibe como dos seres destinados a una relación interpersonal, subraya la igualdad de ambos» (*Jesús. Una biografía*, cit., 423).

38. «La identidad personal es, en última instancia, una amalgama de dos perspectivas indisociables y, por lo general, no coincidentes: la imagen que los demás construyen de nosotros y la mirada que cada cual dirige hacia uno mismo, sus realidades y sus sueños, su proyecto y su vida. El caso de Jesús de Nazaret, rabino y profeta, predicador itinerante del Reino de Dios y taumaturgo, no puede ser distinto. Si, como hemos visto, ha sido legítimo y útil preguntarnos acerca de su persona a partir de su actividad, también debe ser posible y conveniente plantearnos cuál es su última identidad, lo que los seres humanos conocemos como el “secreto” de cada uno» (*Jesús. Una biografía*, cit., 442). A continuación señala que, sin embargo, el acercamiento sólo es provisional, pues todavía no ha descrito su muerte y lo que siguió a ésta.

co) y sólo en su entrada triunfal en Jerusalén dejará clara su identidad³⁹. En cualquier caso, concluye el autor, es un Mesías que sufrirá y morirá en la cruz, lo que supone un cambio completo de las expectativas mesiánicas del pueblo de Israel. El otro punto, la relación de Jesús con el Padre, gira en torno a la expresión «Hijo del hombre», que revela en última instancia la proximidad de Jesús con Dios: «Había unas creencias firmes en torno a la figura que Dios enviaría en el momento decisivo de la historia, pero Jesús va más allá de lo que puede esperarse del Mesías de Israel. La autoridad con la que Jesús habla y actúa, el hecho de que su enseñanza dependa de él mismo (ni siquiera de las Escrituras) y, además, el carácter singular de sus oraciones señalan una identidad que se explica por caminos no habituales: Jesús se muestra extrañamente cercano a Dios, a sus decisiones, a su designio último sobre los hombres y el mundo» (pp. 447-448)⁴⁰. Esta proximidad se manifiesta sobre todo en la parábola de los viñadores homicidas (Mc 12, 1-9 y par.), en las tres oraciones de Jesús recogidas por los sinópticos que comienzan con la palabra «Padre» (las dos que él hace personalmente, Mt 11, 25-26; Mc 14, 36, y la que enseña a los discípulos, el Padre-nuestro). A éstas añade la escena de la transfiguración, de la que Puig concluye que será después de la resurrección cuando la identidad de Jesús adquirirá todo su significado y se revelará como «próximo y afín al Padre» (p. 455)⁴¹.

El capítulo 6, «De la muerte a la vida» (pp. 455-614), comienza con la cuestión de la actitud y sentimientos de Jesús ante su muerte. Para el autor, Jesús intuyó su muerte, consideró su muerte como algo previsible, dada la hostilidad de sus adversarios⁴² y su condición de profeta, a quien, como a los profes-

39. En relación a la pregunta del Bautista sobre la identidad de Jesús, el autor afirma: «En (la) respuesta Jesús pone en el centro la adhesión a su persona, y esta adhesión se basa en su identidad» (*Jesús. Una biografía*, cit., 443).

40. Más adelante añade: «Jesús ocupa un lugar central en el Reino y, por eso, la autoridad futura y la autoridad presente, recibidas de Dios, el Padre, convergen en una expresión —*Hijo del hombre*—, que tampoco es extraña a su vida ordinaria y, concretamente, a su sufrimiento y a su muerte» (*Jesús. Una biografía*, cit., 450).

41. Al comentar este episodio explica el autor que el hecho de que Jesús cambie de aspecto y sus vestiduras se llenen de luz, «indica que es más que un hombre, que su identidad última es divina» (*Jesús. Una biografía*, cit., 454). Los discípulos reciben una revelación directa de Dios por la que conocen la identidad última de Jesús, como el Hijo amado. «Sin embargo, la fuerte experiencia de revelación que tienen los tres discípulos debe permanecer en secreto, ya que la identidad de Jesús en relación con el Padre sólo quedará clara para todos después de que Dios haya liberado a Jesús de los lazos de la muerte. Entonces, después de la resurrección y a la luz de ésta, el episodio de la revelación de la identidad de Jesús, próximo y afín al Padre, adquirirá todo el significado. Así lo entendió la comunidad primitiva, que narró el acontecimiento de la transfiguración relacionándolo con las apariciones de Jesús resucitado» (*Jesús. Una biografía*, cit., 454).

42. Fundamentalmente los responsables del templo, pertenecientes al grupo saduceo o afín a él (*Jesús. Una biografía*, cit., 460).

tas de Israel y especialmente Juan el Bautista, les estaba destinado un fin violento⁴³. Lo mismo se deduce de las afirmaciones hechas progresivamente a sus discípulos. La muerte de Jesús «ha sido el resultado de muchos factores que han ido tejiendo una especie de telaraña a su alrededor que, al final, ha sido insuperable. Jesús va hacia una muerte que no fomenta, pero que tampoco evita ni esquiva. Simplemente, se pone ante ella, la afronta y la acepta» (p. 467). Sin embargo, lo peculiar de Jesús ante su muerte es el sentido que le da, esto es, el nexo existente entre su persona, su misión y su muerte. Jesús interpreta su muerte «como resultado de la voluntad de Dios sobre él. Jesús ve, pues, un sentido en el hecho de morir, que no procede de él mismo, sino de la relación íntima que mantiene con Dios, el Padre. Dios da sentido a la muerte de Jesús porque el sufrimiento de éste se convierte en el medio por el que llegan la liberación y la salvación» (*ibid.*)⁴⁴. Tras ofrecer esta clave hermenéutica, Puig inicia los relatos de las horas finales de Jesús, empezando por la última cena. Se decanta por considerarla como una cena de despedida de Jesús con los Doce, de carácter festivo y extraordinario, pero no pascual, aunque sí impregnada del contexto de la Pascua. Es este contexto el que permite que sea entendida como cena pascual en la tradición cristiana primitiva⁴⁵. Con el análisis de las palabras y gestos de la cena, incluido el lavatorio de pies, se estudia la relación de estos rasgos con el Reino y la alianza⁴⁶.

43. «Jesús prevé que compartirá el destino violento de los profetas de Israel, su pueblo, sobre todo de Juan el Bautista, y que Jerusalén será el escenario de su muerte martirial. Esta muerte será el colofón de un rechazo indiferente de los habitantes de la ciudad, que no han acogido su predicación ni la han creído» (*Jesús. Una biografía*, cit., 463-464).

44. El autor afirma que la muerte de Jesús se entiende como una donación de la vida a favor de los demás y acepta la pasión y la cruz «porque las considera el camino que el Padre ha elegido para que su salvación arraigue en el corazón mismo de la humanidad» (*Jesús. Una biografía*, 470). Es el camino marcado por Dios. Comentando la parábola de los viñadores homicidas, como ejemplo más expresivo que da Jesús del qué y el porqué de su futuro, Puig afirma que lo que explica la muerte del hijo de la parábola, con quien Jesús se identifica, y da sentido a su muerte es la voluntad del padre de enviarlo a la viña y a los viñadores. «La muerte de Jesús no será sólo la condena injusta de un inocente indefenso, sino el martirio del Hijo enviado por el Padre: la voluntad de Dios y su designio de amor y de perdón sostienen la cruz en la que será crucificado Jesús» (*Jesús. Una biografía*, cit., 473).

45. Para el autor, Jesús busca la máxima proximidad a la fiesta de la Pascua porque «las acciones que llevará a cabo en aquella cena están orientadas a la salvación y son interpretadas por él mismo en relación a la alianza. Ahora bien, la pascua como acción liberadora de Dios y la alianza que éste hace con su pueblo en el Sinaí están intensamente unidos en el imaginario y en los textos judíos» (*Jesús. Una biografía*, cit., 479). «La gran proximidad a la Pascua contribuye a crear un contexto pascual en la última cena de Jesús, ya en la intención de éste, lo que explica el rápido desarrollo de la tradición cristiana primitiva» (*Jesús. Una biografía*, cit., 479-480). El autor piensa que probablemente influyó en este desarrollo la interpretación pascual de la muerte de Jesús.

46. Al comentar los signos sobre el pan y la copa, el autor indica que estos signos cobran eficacia a partir de la relación directa con la muerte de Jesús y con el Reino. Las

A continuación, en un largo apartado de cien páginas desarrolla los acontecimientos de la Pasión. Aborda en primer lugar las razones por las que Jesús fue condenado a la cruz. Para ello presenta las acusaciones de las autoridades judías, que en este caso principalmente ha de entenderse a los sumos sacerdotes y sus consejeros del grupo saduceo. Lo que llevó a éstos a condenar a muerte a Jesús no fue tanto su actitud ante la Ley y ante el templo, y sus pretensiones mesiánicas, sino sobre todo la condición de falso profeta y de blasfemo⁴⁷. Son las razones con las que las autoridades influyen en la gente y le hacen cambiar de opinión sobre Jesús. Para la autoridad romana su culpabilidad será simplemente atentar contra la seguridad del Imperio por su pretensión de ser «rey de los judíos». Al tratar de la detención, el autor se ocupa entre otras cosas de las predicciones relativas al abandono de los discípulos, las negaciones de Pedro y la traición de Judas, entendidas más como convicciones que predicciones precisas⁴⁸. El carácter histórico de los interrogatorios por parte de las autoridades judías (como parte de la ejecución del plan de poner en práctica la decisión formal del Sanedrín, tomada con anterioridad, de condenar a muerte a Jesús), el proceso romano, la muerte por crucifixión y la sepultura se estudian y analizan conjugando los testimonios canónicos con otras fuentes del mundo judío y grecorromano y, al relatar la crucifixión y sepultura, también con el Evangelio de Pedro.

El capítulo se cierra con un amplio apartado sobre la resurrección⁴⁹: «Dios hablará, no mientras Jesús esté en la cruz, sino cuando haya traspasado

palabras de Jesús están enmarcadas por dos gestos de ofrecimiento que adquieren un sentido de donación personal. No hay, sin embargo, comentario alguno al «haced esto en memoria de mí» recogido por Lucas-Pablo. Podría deducirse de ello que el autor no lo considera históricamente plausible, con lo que el mandato de Jesús sobre la celebración eucarística se remontaría a un desarrollo de la primitiva comunidad.

47. Un falsario e impostor que ha descarriado al pueblo debía ser lapidado (cfr. *Jesús. Una biografía*, cit., 504). La blasfemia, entendida como reclamar para sí mismo lo que es propio de Dios, se desprende por una parte de la actitud de Jesús vinculada al perdón de los pecados (Mc 2, 5.7 y par.) y la expulsión de demonios (Mc 3, 22 y par.), y por otra del anuncio de la destrucción del templo, en el que se pone con autoridad en el lugar de Dios. En definitiva, Jesús es acusado de blasfemo por haberse hecho igual a Dios y por ello debe morir (cfr. *Jesús. Una biografía*, cit., 507).

48. Por ejemplo, en relación a las negaciones de Pedro, señala: «Las predicciones del fracaso de los discípulos y, en particular, de Pedro indican un firme convencimiento de Jesús en relación a aquella noche: se acerca la hora en la que será entregado a manos de los que quieren su ruina» (*Jesús. Una biografía*, 521).

49. Señala el autor que, si bien «la resurrección es una pura cuestión de fe y que, por tanto, no tiene lugar en un libro como éste, que no presupone, necesariamente, ninguna convicción religiosa en quien lo lee» (*Jesús. Una biografía*, 594), por el testimonio de las fuentes que afirman el hecho de la resurrección, «hay que presentar estos materiales históricos y valorar lo que dicen y lo que quieren decir. En otros términos, hay que medir el impacto histórico de un hecho que, como tal, no se puede comprobar, pero que constituye la afirmación más singular sobre el personaje que nos ocupa» (*Jesús. Una biografía*, cit., 595).

la frontera de la muerte. Entonces, el Hijo será reivindicado, y quedarán claros su identidad y su rol al lado de Dios. Lo que Caifás entendió como blasfemia (Jesús refiriéndose al Hijo del hombre celestial) quedará sellado como la verdad definitiva sobre su persona» (p. 598). El hecho de la resurrección es afirmado sin equívocos. El sepulcro vacío, las apariciones y la relación de Jesús con los discípulos después de Pascua se consideran históricos, por la fiabilidad de los testigos: «Los ojos de los testigos han visto con claridad y su palabra es digna de crédito. Pero tampoco ellos han “visto” la resurrección. Sin embargo, han visto algo más importante: al mismo resucitado, que se les manifestaba personalmente y les llamaba por su nombre» (p. 613).

El libro acaba con un epílogo, escrito con ardor, en el que el autor muestra las razones por las que la vida, muerte y resurrección de Jesús fundamentan la esperanza de la humanidad.

2. ¿UNA BIOGRAFÍA?

Como toda obra humana, el libro tiene aspectos positivos y otros que, probablemente, son susceptibles de mejora. Comenzaré por los primeros.

En relación al género elegido, hay que decir que la lectura se hace sumamente fácil, tanto por el buen hacer literario del autor como por la manera en que se van hilando los diversos temas o cuestiones. La estructura y el orden que presenta es encomiable y la capacidad de síntesis de cuestiones complejas es ciertamente meritoria.

Desde el punto de vista del acercamiento histórico, el libro es serio y valiente. Valiente porque, en el mundo exegético actual, tan condicionado por el rigorismo de unos métodos histórico-críticos, que a menudo cercenan la posibilidad de la plausibilidad histórica en aras de una pretendida objetividad y que desembocan fácilmente en el escepticismo, parece obligado que un estudio sobre la vida de Jesús deba atenerse a criterios minimalistas. Sin embargo, en el caso de Puig no es así. La elección del criterio de plausibilidad histórica, el uso y la confianza en las fuentes, la apertura a posteriores desarrollos dogmáticos permiten un acercamiento a la figura de Jesús mucho más positivo y no causan en el lector la desazón habitual de otras «vidas de Jesús» recientes, en las que parece que todo es un problema. Aquí, por el contrario, las posibles dificultades que encontramos en las fuentes evangélicas se resuelven sin estridencias y el lector, especialmente si es creyente y no especializado, no siente la perplejidad causada por una disección desconfiada de las fuentes evangélicas y con ellas de la figura de Jesús. En este libro las cosas encajan bien.

Sin embargo, y me refiero ya a los aspectos que quizá se pueden mejorar, parece que todo encaja *demasiado* bien. Es decir, al hacer pasar las fuentes por el cedazo de la plausibilidad histórica, la figura de Jesús emergente es ciertamente extraordinaria, pero tan «razonable» desde el punto de vista humano, que podría dejar poco lugar al misterio del Dios humanado. Parece que el criterio de plausibilidad hace que todo encaje en nuestra manera de entender las cosas (y no hay que olvidar que a veces lo que ocurre es lo menos plausible). Pensemos, por ejemplo, en estas palabras que se encuentran al final de su obra, y que resumen bien la imagen de Jesús que se le ha ofrecido al lector: «Jesús ha vivido de cara a Dios, el Padre, ha estado unido a él con un vínculo de proximidad e inmediatez. Él, el mensajero del Reino, ha hablado directamente de las cosas de Dios como de cosas propias, con autoridad, llegando hasta la raíz de las prescripciones de la Ley. Ha sido el enviado plenipotenciario divino, revestido con un poder que curaba y consolaba. Se ha sentido portador de una misión: anunciar el Reino, hacer presente al Dios de la compasión y Padre de todos y de todas. En él la confianza en Dios ha tomado unos tonos particulares que se han manifestado incluso en el grito de abandono, instantes antes de su muerte. Jesús ha vivido en profundidad su condición de Hijo, expresándola —¡éste era su secreto!— de modo indirecto y elusivo. Por eso, considerando todo su proyecto, tiene sentido que él, enviado para liberar —y liberador de tantas esclavitudes—, sea igualmente liberado del lazo más potente, el lazo de la muerte» (p. 596). Añadamos a estas palabras la comprensión de Jesús de la primera comunidad que presenta el autor. Para los primeros cristianos, señala, la memoria del Maestro y de sus palabras y hechos se convierten en una parte esencial de sus reuniones⁵⁰ y lo que interesa «es comunicar quién ha sido y quién es Jesús como enviado de Dios, como vencedor de la muerte, como portador de una nueva vida y de una nueva esperanza» (p. 33).

Ciertamente, estas afirmaciones responden parcialmente a la realidad histórica, al menos desde una cara, pero sin duda no reflejan plenamente esa realidad. Con la comprensión que presenta el autor nos encontramos con la descripción de una figura de Jesús plausible desde el punto de vista histórico, pero desde luego no con una biografía. El título del libro⁵¹ y la intención del exegeta catalán es escribir una «biografía crítica». No obstante, si nos pregun-

50. Se echa en falta una alusión a la celebración cultural de la «memoria de Jesús» en la fracción del pan. Es éste un dato que, a mi juicio, resulta fundamental, pues muestra el carácter místico de la memoria de Jesús y sitúa la comprensión de su persona y su obra salvífica muy por encima de la de un profeta o un enviado de Dios.

51. *Jesús. Una biografía*, cit., 15. A pesar de que podemos imaginar que al autor le hubiera parecido más adecuado mantener una traducción literal del título original catalán, «Jesús. Un perfil biogràfic» y no haberse decantado por el de «Jesús. Una biografía».

tamos por la naturaleza de una biografía encontramos varias dificultades. Es éste un punto al que quizá el autor no ha prestado demasiada atención, pero que es importante, pues el mismo título puede inducir a equívocos. La biografía en una primera instancia es un género literario que se explica como la historia de la vida de una persona. Las teorías la definen (desde un punto de vista muy literal) como vida escrita por otro, aunque concebida siempre en relación con la percepción del sujeto narrado, es decir, como una profundización del concepto de autobiografía (*aut/bios/graphien*): vida escrita por uno mismo⁵². En el caso de Jesús, es su identidad como Dios y hombre la que condiciona su biografía. Si se separa lo humano de lo divino se corre el riesgo de falsear la realidad. Por eso los autores cristianos antiguos no escribieron biografías de Jesús. No lo consideraban posible⁵³.

A mi modo de ver, el libro de Puig puede resultar un tanto equívoco, si se entiende como una «biografía de Jesús» dirigida a un público no especializado (y por tanto con una pretensión abarcante de la figura de Jesús desde el punto de vista histórico). Una cosa es lo que se puede afirmar desde el punto de vista histórico-exegético y otra la interpretación de esos datos. No hay que olvidar que los métodos históricos, rigurosamente aplicados, permiten decir muy poco. «Aproximación histórica a la vida de Jesús» podría ser un título más ceñido a la intención del autor, que sigue una metodología bastante ecléctica y no siempre se ciñe al método histórico-crítico. Ciertamente, el libro está abierto a los desarrollos de fe, pero parece que éstos se superponen sobre los datos históricos⁵⁴. Una «biografía» de Jesús (entendiendo por biografía un relato de su vi-

52. G. GUSDORF, «Condiciones y límites de la autobiografía», *Anthropos*, Suplementos, 29 (diciembre 1991) 9-18 (original en *Formen der Selbstdarstellung. Analekten zu einer Geschichte des literarischen Selbstportraits. Festgabe für Fritz Neubert zum 70*, Duncer & Humblot, Berlin 1948, 105-123).

53. Cfr. J. MORALES, «Origen literario y desarrollo de las *Vidas de Jesucristo*», cit., 24-25. Como señala este autor, «si se lo hubieran planteado en su mente, no habrían querido encomendar a la biografía, como género literario, una tarea que no podía realizar respecto a Jesucristo. La vida del personaje ilustre que agota toda la existencia en la tierra sugiere una pauta de absoluta continuidad en el tiempo y un despliegue que comienza y termina dentro de un tramo temporal terreno (...). La unidad de la existencia de Jesucristo (eterna y temporal), realizada a dos niveles inseparables, no admitía una biografía».

54. No se quiere afirmar con esto que lo que el autor escribe se sitúe al margen de la fe en el Hijo de Dios encarnado, ni que sus afirmaciones no estén abiertas a los desarrollos cristológicos posteriores, tal como se formulan en Nicea o Calcedonia. Armand Puig se inscribe en la gran corriente de tradición de fe cristiana, como se señala en el prólogo del libro a cargo de Mons. Raúl Berzosa, obispo auxiliar de Oviedo, y, como lo afirma sin tapujos el propio autor, cuando manifiesta su implicación en la historia que estudia como la de una «persona creyente en Jesucristo, Dios y hombre, y presbítero de la Iglesia Católica» (*Jesús. Una biografía*, cit., 16). Con todo, a la hora de tratar aspec-

da terrena), sólo se puede escribir *propriadamente* con la comprensión de fe de la primitiva comunidad.

Se podría aplicar a esta comprensión de fe lo que William D. Davies decía del evangelio de San Juan: «Del mismo modo que desde lo alto de la montaña se hacen visibles y sitúan en una perspectiva más exacta los contornos de los valles, sus luces y sus sombras, también podemos decir con toda verdad que desde las alturas serenas del cuarto evangelio podemos advertir mucho mejor el significado de los sinópticos y de Pablo»⁵⁵. La «biografía» de Jesús se debe escribir desde su resurrección, como hicieron los evangelistas. Si Jesús es el Hijo de Dios y Palabra de Dios preexistente y encarnada, esta realidad debe estar presente a la hora de hablar de la Persona y la identidad de Jesús. Por eso resulta pobre hablar del «secreto» de Jesús al referirse a su Persona, aun antes de su resurrección, pues la identidad sustancial y radical de Jesús en su realidad terrenal con el Cristo glorioso pertenece a la esencia misma del mensaje evangélico y, por tanto, al ser de Jesús.

3. CONCLUSIÓN: LAS «VIDAS DE JESÚS»

Al inicio de este trabajo se hacía referencia a las «vidas de Jesús» de épocas pasadas y a otras más recientes. Sin duda, una vida de Jesús como la que escribió Strauss y la que escriben, por ejemplo, Gnilkka o Puig no tienen nada que ver. Sin embargo, al querer ofrecernos todas ellas una imagen de Jesús desde el punto de vista meramente histórico y neutro corren el riesgo de encerrar esta imagen en el pasado. Los métodos históricos tienen unas claras limitaciones. Los «hechos incuestionables» de los que habla Sanders muestran que, fuera quizá de esos hechos, nos movemos en terrenos de mayor o menor probabilidad, difícilmente demostrables desde el punto de vista empírico. Sin duda, más de uno juzgará que la obra de Puig no es suficientemente crítica con las fuentes; otros, en cambio, la considerarán demasiado minimalista. Son los límites de la «Tercera búsqueda», marco genérico en el que se inscribe la obra del exegeta catalán.

No conviene olvidar que esta corriente de investigación, dentro de la enorme variedad de posturas, mantiene la misma hipercrítica de las fuentes del

tos tan importantes como la Persona, identidad y misión de Jesús, el lector puede llegar a pensar que algunas afirmaciones quizá se queden cortas (sencillamente porque hay cosas que no se pueden explicar al margen de la comprensión de fe y en el texto, en ocasiones, se señalan débilmente).

55. W.D. DAVIES, *Aproximación al Nuevo Testamento*, Cristiandad, Madrid 1979, 330.

período anterior. Los «prejuicios» teológicos, de que se acusaba a la «Nueva (o segunda) búsqueda», han sido sustituidos en muchos casos por los mismos principios racionalistas —en ocasiones de talante claramente anticristiano o postcristiano— que animaban el espíritu de la «búsqueda» iniciada por Reimarus⁵⁶. En una buena parte de los autores de la «Third Quest» hay un deseo de reducir a Jesús al mundo concreto en que vivió. Como consecuencia, la imagen de Jesús que emerge de esta búsqueda es la de un judío piadoso (helenizado o no), que goza de cierta singularidad según las diversas perspectivas adoptadas por el investigador, pero despojado de la relevancia absoluta y universal que le reconoce la fe cristiana. Es como si, a fuerza de contrarrestar el carácter único de Jesús, que se desprendía de la aplicación del criterio de disimilitud propio de la «Nueva búsqueda del Jesús histórico», se haya diluido su peculiaridad en la generalidad⁵⁷. Como consecuencia de los resultados de la «Tercera búsqueda», parece que sólo se puede adoptar un relativismo histórico, que implica que no puede accederse a la revelación desde la historia (y que por tanto la razón no puede reconocer la presencia de la revelación en la historia), cuando es precisamente la nueva experiencia humana hecha posible por la humanidad del Hijo de Dios, la que permite reconocer esa presencia⁵⁸. Por esta misma razón, muchas de las nuevas investigaciones sobre el Jesús histórico no escapan al juicio de Schweitzer sobre las vidas de Jesús escritas en el siglo XIX: «Esta investigación ha corrido una extraña suerte. Comenzó por descubrir al Jesús histórico, pensando que era posible traerlo a nuestro tiempo tal como él fue en realidad, como maestro y salvador. Lo liberó del vínculo que lo mantenía unido desde hacía siglos a la roca de la doctrina de la Iglesia. Se sintió feliz al ver cómo esta figura cobraba vida y movimiento, hasta el punto que parecía salir a nuestro encuentro. Pero este Jesús no se paró; cruzó y dejó atrás nuestro tiempo y volvió al suyo»⁵⁹.

Para escribir una «vida de Jesús» hace falta salir de esta dinámica. Como muy bien reconoce Puig, no es posible viajar al pasado sin una precomprensión previa y esa precomprensión pasa por la proximidad afectiva con re-

56. G. SEGALLA, «La verità storica dei Vangeli e la “Terza Ricerca” su Gesù», *Lateranum* N.S. 61 (1995) 195-234 (461-500), esp. 232 (498).

57. D. MARGUERAT, «“La troisième quête” du Jésus de l’histoire», 416. Ver también J. CHAPA, «History and Jesus of Nazareth», cit., 487-502.

58. Cfr. A. CARRASCO ROUCO, «History and Revelation: Critical Access to the Figure of Jesus Christ», *Communio* (Spring 2003) 130-146, esp. 142-143. El autor añade que viene a ser lo que tradicionalmente se ha entendido en la Iglesia Católica, que sólo los que comparten el mismo Espíritu con el que se escribió la Biblia la pueden leer adecuadamente, y que además esa lectura tiene lugar a través de la participación en la vida del Cuerpo místico de Cristo, la Iglesia (cfr. 145).

59. A. SCHWEITZER, *Geschichte der Leben-Jesu-Forschung*, cit., 631-632.

lación al tema estudiado⁶⁰. La concepción existencial del historiador en los resultados de la investigación histórica se hace patente en el estudio histórico de Jesús, porque la historia *nunca es neutra*. La Persona de Jesús afecta a todo hombre. No se puede estudiar y presentar de modo puramente «objetivo» la humanidad de Jesús, aunque esto no excluye la investigación histórica para evitar caer en mitologías o fideísmos⁶¹. Además, conviene recordar que a menudo se confunde lo que se puede llegar de manera neutral por los puros datos exegéticos con lo «histórico». Pero si se excluye la fe del círculo hermenéutico no sólo no se llega al Jesús *real*, sino que tampoco se puede entender el Jesús histórico⁶².

Los dos peligros, historicismo y fideísmo, se mantienen al acecho, aunque quizá imperceptiblemente se haya querido contrarrestar más el fideísmo que el historicismo. De este modo, han pesado más los enfoques que han depositado una confianza excesiva en las posibilidades de la ciencia. Como decía el entonces Cardenal Ratzinger, a la vista de los intentos recientes sobre el modo de acercarse a Jesús, «la ciencia no es capaz de recrear por sí sola la presencia del pasado, ni siquiera una relación personal, sino que evidencia y fija la distancia, la ausencia». Se necesita partir de lo que constituye el centro de la vida y de la persona de Jesús, que es su constante comunicación con el Padre. Por eso, concluía, «el presupuesto para conocer y comprender a Jesús es la participación en su plegaria»⁶³.

La manera de llegar a escribir la vida terrena de Jesús es adentrarse en el misterio del yo de Cristo. Es un problema de metodología y también de punto de vista. Si se quiere escribir una «biografía» de Jesús, hay que partir de una profundización en lo que sería su «autobiografía», la vida escrita por sí mismo.

60. Cfr. A. PUIG, *Jesús. Una biografía*, cit., 20.

61. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, «Biblia y Cristología» (1984), en *Enchiridion Biblicum*, Dehoniane, Bologna 1993, 929.

62. Cfr. la recensión de R. FISICHELLA al libro de J.P. Meier, «A Marginal Jew I», en *Biblica* 74 (1993) 123-129. Entre otras cosas, al comentar la presunta afirmación «neutral» de Meier sobre la virginidad de María («Por sí sola, la investigación histórico-crítica carece simplemente de las fuentes y los medios necesarios para llegar a una conclusión definitiva sobre la historicidad de la concepción virginal como la narran Mateo y Lucas», 236), Fisichella señala: «Esta (afirmación) podría entenderse como la posición neutral de alguien interesado en los hechos desnudos de exégesis, *no como "historia"* (el subrayado es mío), pero la realidad de hecho es muy diferente. Cuando el autor afirma más tarde la constante y sólida tradición de los hermanos y hermanas de Jesús, en la práctica está comprometiendo seriamente y negando el dogma mariano» (126). Y más adelante afirma: «No se puede marginar la fe como una posible forma de verdad y de conocimiento verdadero y una herramienta válida para alcanzar la verdad, incluida la verdad histórica» (128).

63. J. RATZINGER, *El camino pascual*, BAC, Madrid 2005, 142.

La figura de San Pablo que podría emerger utilizando sólo los Hechos de los Apóstoles, libros apócrifos y otras fuentes que no incluyeran su obra escrita sería ciertamente pobre y probablemente poco ajustada a la realidad. Gracias a lo que dice de sí mismo en sus cartas podemos dibujar una imagen más certera del apóstol. Lo que Jesús ha dicho de sí mismo se encuentra en los evangelios y en la tradición viva de la Iglesia. No emplearlo con la pretensión de elaborar una vida de Jesús desde el punto de vista histórico es una tarea posible, que ofrecerá muchos elementos útiles, pero no llegará a ofrecer la verdadera vida de Jesús.

Juan CHAPA
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA